

<b>Capitalismo, socialismo, ecología</b>	<b>107</b>
<b>Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización</b>	<b>108</b>
<b>Aquel 19 será</b>	<b>110</b>
<b>El estado y el sistema internacional: una aproximación al estudio de la política exterior</b>	<b>113</b>
<b>El incendio frío. Hambre, alimentación y desarrollo</b>	<b>115</b>

**ANDRE GORZ**  
**Capitalismo, socialismo,**  
**ecología**

Ediciones HOAC

Madrid, 1995.

Interesante trabajo el que últimamente viene haciendo Ediciones HOAC desde su Colección “Análisis y Debate”. Me parece conveniente decir esto pensando fundamentalmente en todos aquellos que, desde la aconfesionalidad, comparten conmigo el afán de vivir con lucidez y superar la situación de perplejidad y desorientación en que nos sitúa el presente histórico. El título que ahora comento tiene la autoría de André Gorz, uno de los pensadores más relevantes de la izquierda europea que, desde la seriedad intelectual, arremete sin pudor con inercias ideológicas y viejos tópicos para abrir horizontes sugerentes de transformación social. El patente hundimiento del Socialismo “ir-real” no parece debilitar las convicciones marxianas sobre el papel decisivo que los avances tecnológicos producen en la configuración de la sociedad así como del carácter histórico –y por tanto precedero– del capitalismo como sistema. Este –ya sin coartada– tendrá que encarar las contradicciones que él mismo genera. La existencia de relaciones económicas y competencia en los mercados no implica necesariamente –dice Gorz– una economía de mercado sin más motor que el lucro y la acumulación. La planificación no es incompatible con la existencia de mercados y con las diversas formas de propiedad. El post-capitalismo –en terminología de Adam Schaff– vendrá a

confirmarlo, ofreciendo necesarias restricciones y orientación social y política a la racionalidad económica, democratizándola sin burocratizarla. Esta declaración de principios conduce al serio debate que André Gorz nos propone, donde se ponen en cuestión conceptos claves de la izquierda convencional como su filosofía del trabajo y la asignación del sujeto histórico del cambio social, y brinda pistas nuevas de orientación que derivan de un esclarecedor análisis de la situación actual. El desempleo estructural que irremediamente provoca la productividad creciente de la revolución tecnológica en todos y cada uno de los sectores productivos, el también creciente carácter precario, periférico y a tiempo parcial de buena parte de los empleos, la naturaleza poco creativa de los trabajos y la poca consideración que el propio trabajo tiene como factor en la identidad y vida de las personas han hecho cambiar por completo tanto los contenidos del conflicto social como sus protagonistas. No puede mantenerse ya como objetivo capital del socialismo la emancipación de “los trabajadores” (los que trabajan a tiempo total y se identifican por su trabajo), ni que el sujeto del cambio social vaya a ser el asalariado. El socialismo como horizonte –según Gorz– ha de pensar en “el ciudadano como agente de cambio y en la creación de nuevos espacios de cooperación social, a los que debe ser sometida la racionalidad económica, como objetivo consistente. Las condiciones que harán esto posible residen en la liberación y distribución del tiempo de trabajo,

*No puede mantenerse ya como objetivo capital del socialismo la emancipación de “los trabajadores”.*

que una política razonable puede extraer precisamente de la mayor productividad que genera la tecnología actual. Aquí reside, sin duda, la propuesta central del libro de Gorz: la reducción de la duración del trabajo –deseable y necesaria– permite no sólo resolver el crónico y progresivo problema del desempleo, sino la liberación de un tiempo que posibilita el verdadero trabajo creativo, la dedicación no mercantilista a las tareas personales y la capacidad de intervención real en la vida social y pública.

Es precisamente en este marco, en el post-capitalismo, donde el socialismo como horizonte ético-político se da la mano con el ecologismo radical pero sensato, propio de una sociedad post-industrial, que no sugiere retrotraernos a formas pasadas de vida, pero que tampoco se queda en el medioambientalismo que mejor que nadie puede gestionar, y para sus intereses, el propio capitalismo.

Para terminar, un par de interrogantes críticos que quieren avanzar algo el debate que la colección y el propio autor del libro nos proponen:

- 1.- ¿Cómo conciliar, de modo práctico, el margen escrupulosamente respetuoso que Gorz concede a la “lógica del capital” como única forma de racionalidad económica pura con la subordinación que propone de ésta a la racionalidad social y política, obviando así las trabas que el afán de beneficio, el deseo de acumulación y la competitividad inherentes a aquélla pondrían a este propósito?
- 2.- ¿No adolecen los planteamientos de Gorz de una cierta estrechez, presuponiendo la soberanía de los Estados o de Uniones políticas algo más

amplias como instrumento suficiente para su “orientación social y política de la economía” en un mundo donde cada vez es más patente la globalización económica que el sistema capitalista propicia y en el que encuentra hoy el lugar propio de sus afanes puculiare?

*Carlos Alvarez de Sotomayor*  
INET

**MARIANO AGUIRRE**  
**Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización**

Icaria, Barcelona, 1995,  
200 páginas.

Ortega y Gasset decía: “No sabemos lo que pasa y eso es lo que pasa”. Hoy ya no diría lo mismo. Hoy sí sabemos lo que pasa. O, por lo menos, podemos saberlo. “En contra de una creencia muy extendida”, nos dice Aguirre, “existe una gran cantidad de información”. Lo que sucede es que su recogida, clasificación y ulterior presentación es algo trabajoso, bien alejado de la pereza informativa que los telediaros provocan. Es posible estar bien informado, aunque no sea fácil. Y Aguirre lo está. Esto salta a la vista a lo largo del libro que maneja con soltura fuentes locales y extranjeras y es, sin duda, el primer motivo para leerlo: para mejorar el nivel de la propia información.

Sabemos, pues, lo que pasa. Lo que pasa es que muchas veces no sabemos qué significa, qué quiere decir y se recurre a simplismo

(“toda la culpa la tiene el sistema” –o el imperialismo, o los otros–) o nos refugiamos en la artimaña de la complejidad: las cosas son tan complejas, decimos, que no pueden entenderse. Aquí está el segundo motivo para leer el libro: atraviesa, no sin dificultades, entre la Scilla de la simplificación necesaria para hacerse entender y la Caribdis del reconocimiento de lo interconectada y complicada que es “la sociedad internacional en la era de la globalización”, como reza su subtítulo.

Yo hubiera preferido “sistema mundial” en lugar de “sociedad internacional” que, de hecho, todavía lleva implícito que el actor por antonomasia en el mundo es el Estado-nación y que son ellos los que forman esa sociedad. Es obvio que las cosas no son así: que esa sociedad, de serlo, estaría formada por Estados y mejor sería llamarla sociedad interestatal; y, por otro lado, que además del Estado, hay muchos otros actores en este mundo globalizado o en este sistema mundializado que van desde las mafias a las multinacionales, de los bloques militares como la OTAN a las instituciones financieras intergubernamentales como el Banco Mundial. Y, por supuesto, las naciones, que no forman precisamente una sociedad ni un sistema “internacional”. En el libro se hace continua referencia a todos estos actores, pero el título ha preferido, probablemente con buen sentido, mantener la palabra consagrada por el uso. La mejor metáfora que encuentro para describir su contenido es la de “cuadros de una exposición” de Musorsky, pues el libro tiene mucho de musical y en ese carácter fluido, a la vez que armonioso, reside la tercera razón para leerlo. El lector irá pasando

de un cuadro a otro (el medio ambiente, la guerra, el sida, el papel de la mujer, los bloques comerciales, los nacionalismos) a veces con un salto brusco, a veces con la continuidad del cuadro que desarrolla el tema insinuado a final del anterior. Estos cuadros que componen nuestro mundo están agrupados en seis capítulos de sorprendentes títulos, y su sucesión viene cortada, de vez en cuando, por recuadros en los que, con la cita oportuna, se exponen opiniones o informaciones que corren en paralelo con el desarrollo del libro. El tono general es el del eclecticismo, sin seguir rígidamente una determinada escuela y usando de cada una de ellas lo que más útil sea para comprender lo que pasa. Si los títulos de los capítulos tienden al impresionismo, la redacción del texto nada tiene que ver con ese estilo. El detallismo con que se nos da la información lo sitúa en las antípodas de la superficialidad informativa con que, en otros casos, se abordan estos temas. Aguirre (otra razón más para leer el libro) no sólo proporciona una gran cantidad de datos e ideas sino que, con la mayor de las cortesías informativas pensables, no da nada por sabido: de muchos de los numerosos autores que cita (el libro está muy documentado), nos da hasta su filiación (profesor de..., por ejemplo); si habla de ASEAN no da por supuesto que el lector sabe exactamente de qué se trata, sino que añade la lista de países que componen dicha organización; y así sucesivamente. El lenguaje, además, está, parece que consciente y voluntariamente, lo más alejado posible de la pedantería académica y del d’orsiano prurito por oscurecer el argumento al creer que a más

*Además del Estado, hay muchos otros actores en este mundo globalizado o en este sistema mundializado que van desde las mafias a las multinacionales, de los bloques militares como la OTAN a las instituciones financieras intergubernamentales como el Banco Mundial.*

*El 19 de abril de 1970, por primera vez Colombia votó masivamente a un candidato no perteneciente a las oligarquías elitistas que se habían sucedido a lo largo de su historia.*

oscuro, más serio. El libro es serio y profundo sin necesidad de alambicamientos verbales ni abstrusas abstracciones academicistas.

Se me ocurre una razón más para leer el libro. Es cierto que es muy sombrío el panorama que el lector obtiene después de seguir los cuadros del autor a lo largo de su exposición. Efectivamente, no vivimos en “el mejor de los mundos posibles” que pretendía el Dr. Pangloss. Los problemas son muchos, las incertidumbres todavía más. El libro, sin embargo, no se recrea en ellos. Reconoce los horrores de la pobreza, la guerra, la violencia cotidiana, la inseguridad general, las dictaduras, el paro en el mundo, etc., pero procura siempre que puede aportar de forma constructiva su propuesta para mejorarlo. Es un libro cargado de esperanza. De ahí lo acertado de su título.

*José M. Tortosa*  
Universidad de Alicante

### **DARÍO VILLAMIZAR**

#### **Aquel 19 será**

Planeta, Santa Fe de Bogotá, 1995, 615 páginas.

Darío Villamizar, analista e investigador colombiano de temas sociales, ha publicado recientemente esta historia del M-19, movimiento guerrillero que comenzó un 19 de abril de 1970, para finalizar con la entrega de las armas, envueltas en la bandera de Colombia, el 9 de marzo de 1990.

Este texto es una recopilación exhaustiva de todos los documentos que existen relativos al M-19, muchos de ellos inéditos hasta ahora. Pero no es una simple antología de fechas y sucesos, ni tampoco un diario de operaciones, cosa que ya de por sí sería muy interesante, sino que el autor, que toma decidido partido por el movimiento, ha creado un relato homérico.

Comienza con una somera descripción de los movimientos guerrilleros en América Latina: Cuba, Nicaragua, Venezuela, Perú, etc., para enlazar con la Colombia de 1970, en la que se vivía un modelo de democracia excluyente con enormes desigualdades sociales. Había entonces un clima de agitación estudiantil unido a la intensificación de la actividad guerrillera de las FARC, ELN y ELP, de forma que, al celebrarse en abril de ese año las elecciones presidenciales, el general Rojas Pinilla presentó un programa populista que atrajo a las masas descontentas, sobre todo, porque tocaba los sentimientos tradicionales, singularmente los religiosos, del pueblo.

Así, el 19 de abril de 1970, por primera vez Colombia votó masivamente a un candidato no perteneciente a las oligarquías elitistas que se habían sucedido a lo largo de su historia. Pero el liberal Lleras Restrepo falsificó descaradamente los resultados, declarando ganador a su partido por una estrecha diferencia. La gente, que había salido a la calle a celebrar la victoria de Rojas, se enfureció y comenzó a pedir armas para defender la verdad, pero a pesar de que se mantuvo varios días la agitación callejera, no se logró que el general se decidiera a reclamar sus derechos, pues temía que el respaldo de la

mayoría no fuese suficiente para luchar contra una oligarquía respaldada por un férreo poder militar.

El presidente decretó el estado de sitio y puso al general en arresto domiciliario. Este empezó a pensar en la creación de una fuerza armada, no un movimiento guerrillero. Aunque no lo consiguió, colocó al diputado Carlos Toledo al frente de su partido.

Mientras tanto, se organizaban grupos liderados por distintos guerrilleros de otras organizaciones, como Jaime Bateman, Luis Otero, Marino Ospina, Alvaro Fayad, Carlos Pizarro y muchos otros, procedentes de las FARC, comunistas, el ELN y el EPL. Todos ellos formaron un grupo al que llamaron Comuneros. Editaron una revista y prepararon un programa ideológico que aceptaba todas las formas de lucha. Pensaban que era necesario armar a las masas, como un derecho elemental ante lo que había sido un gran fraude electoral. Para ello consideraron prioritario arrebatar el dinero a los grandes oligarcas del país, y comenzaron los atracos.

Se acercaron al partido del general Rojas por medio de reuniones entre Toledo y Bateman, y en 1973 fundaron conjuntamente el M-19. El liderazgo lo ejerció Bateman y comenzaron a intensificar las acciones armadas y la propaganda, pero separando al partido de Rojas de ellas, de modo que, aunque el M-19 declaraba que su propósito era devolver el poder a la hija del general Rojas, que le sustituía en el liderazgo por la enfermedad padre (que murió poco después), en realidad nunca fue aceptado por ésta. Su partido, la Anapo (Alianza Nacional

Popular), se dividió entre una organización populista y prácticamente de derechas, y otra socialista que propugnaba un Frente de Liberación Nacional, con planteamientos próximos al M-19. Este continuaba con acciones guerrilleras, fundamentalmente secuestros. En 1976 el M-19 “detuvo” a José Raquel Mercado, dirigente del sindicato CTC, bajo la acusación de “líder corrompido a quien el pueblo no quería”. Opinaban que tenían derecho a aplicar la justicia popular y a los 50 días del secuestro le condenaron a muerte, exigiendo que se aumentasen los sueldos de unos trabajadores en huelga. Registros, detenciones y amenazas hacia la Anapo socialista concluyeron con la muerte de Mercado.

Se produjo entonces una escalada de la violencia que muchos rechazaron, pero el M-19 se encontró robustecido política y militarmente, y con gran influencia sobre los sectores populares. De modo que en 1977 organizó su 5ª Conferencia Nacional, para ajustar su organización político-militar a fin de construir una estrategia de poder.

Así transcurrieron varios años, en los que el movimiento se fue reforzando y se estructuró como un ejército cuyo grado superior correspondía a Bateman. Actuó en el campo y en las ciudades, dio golpes de efecto, como la ocupación de la Embajada de Nicaragua en Bogotá en solidaridad con los sandinistas, o la participación en el Festival Mundial de la Juventud de La Habana, y mantuvo un continuo desafío al Gobierno de Turbay, “el peor gobierno que ha tenido mi país en toda su historia”, según palabras de García Márquez. En 1979 definía su lucha “por una

*Los ejes sobre los que gravitó el M-19 fueron la lucha por la democracia y la posibilidad de una negociación política.*

patria soberana, libre y democrática”, y se consideraba como una “organización político-militar, nacionalista, revolucionaria y por el socialismo”.

En los siguientes once años, los ejes sobre los que gravitó el M-19 fueron la lucha por la democracia y la posibilidad de una negociación política. Se establecieron relaciones con organizaciones de varios países de Centroamérica y arreciaron los golpes y contragolpes frente al ejército. Las cárceles se convirtieron en oficinas públicas del M-19, visitadas por representantes de organizaciones sindicales, medios de comunicación nacionales e internacionales, partidos políticos, personalidades y hasta representantes gubernamentales. Uno de los golpes más conocidos fue la ocupación de la Embajada dominicana en 1980 -en el que contó con la ayuda (posterior, naturalmente) de Amnistía Internacional-, que duró 61 días, recaudó un millón de dólares y finalizó con Bateman y sus compañeros en Cuba, invitados a conmemorar el 24° aniversario de la toma del Cuartel Moncada. En 1981, Turbay concedió una amnistía, al mismo tiempo que rompió relaciones con Cuba. Los guerrilleros no la aceptaron y reclamaron conversaciones de paz. El fusilamiento de unos militares infiltrados en la guerrilla fue captado por un fotógrafo retenido como rehén y dio la vuelta al mundo, lo que les obligó a redactar un código de ética militar para fijar reglas sobre el derecho a la vida de los policías y militares capturados, hasta entonces inexistente. Un año después, Belisario Betancur llegó al poder con la promesa de “paz, justicia social y

democracia”, mientras Bateman convocaba la 8ª Conferencia del Movimiento. Este incluyó en sus estatutos los derechos de las mujeres combatientes y limitó la edad de ingreso de los niños a los 15 años. Asimismo, se aceptó una amnistía y muchos dirigentes fueron liberados. Sin embargo, las fuerzas paramilitares arreciaron en sus ataques y aumentó aceleradamente el número de bajas. Bateman murió y fue sustituido por Marino Ospina, que se reunió en Madrid con Betancur bajo los auspicios del PSOE. Durante los años siguientes hubo períodos de intensos combates, mezclados con algunas treguas fugaces. El M-19 llegó a pensar en presentarse a las elecciones de 1984, pero unas declaraciones de Ospina, favorables a los narcotraficantes, propiciaron el cerco militar y se rompió la tregua. Fue elegido comandante Alvaro Fayad. En 1985 se produjo la toma del Palacio de Justicia, que fue arrasado y minado por el Ejército. Tras esta tragedia, en 1986 murió Fayad y le sucedió Carlos Pizarro. Juan Pablo II hizo un llamamiento sin éxito a los guerrilleros para que cesasen los violentos combates. En 1986 Virgilio Barco tuvo que hacer frente a un aumento de las hostilidades del M-19 y del narcotráfico, la atmósfera se hizo irrespirable y los guerrilleros propusieron un “Pacto Nacional por un Gobierno de Paz”, uniéndose varias organizaciones guerrilleras, hasta que en 1988 el M-19 resolvió decretar un alto el fuego con el conjunto de las Fuerzas Armadas. Fue secuestrado el director de *El Tiempo* con la única condición para su libertad de “buscar un nuevo camino para la paz”. En Panamá se reunió el *sancocho nacional*, los representantes de

todos los sectores de la nación. Se firmó el Acta de Panamá y el rehén fue liberado.

Se celebró una cumbre en Colombia sin la presencia del Gobierno, pero, al fin, Barco accedió a dialogar y presentó la "Iniciativa para la Paz". Era ya la recta final. En 1989 fue gravemente herido en atentado Ernesto Samper y se sucedieron los asesinatos, pero las conversaciones no cesaron y el M-19 abrió en distintas ciudades las llamadas Casas de la paz, constituyéndose en partido político. El 9 de marzo de 1990 el M-19 abandonó las armas, quemó la munición y destruyó sus explosivos y granadas.

En resumen, el M-19 no ganó la guerra, pero ganó las condiciones políticas suficientes para lograr la paz. Desde la perspectiva de la investigación para la paz es un fenómeno de excepcional interés que todavía no ha sido analizado en todas sus consecuencias. Por primera vez en la historia de Colombia se mezclaron todas las categorías y colores sociales del país para formar la Asamblea Constituyente de 1991. El número de guerrilleros y dirigentes muertos fue enorme, la sangre vertida y la destrucción ocasionada, también. Pero los que se habían combatido con saña se sentaron juntos a gestionar la paz. El libro de Villamizar contempla exclusivamente la óptica de los guerrilleros, y al finalizar la lectura de esta Ilíada colombiana surge una pregunta: ¿valió la pena? La respuesta indudablemente es que después de tantos siglos de muerte y destrucción en la historia de la humanidad, ya es hora de que las ideas se impongan por la razón y no por la fuerza. El final del M-19 colombiano es un evidente ejemplo de que esto es posible y

el extenso libro aquí comentado así lo demuestra.

Alberto Piris  
CIP

**PERE VILANOVA**  
**El Estado y el sistema internacional: una aproximación al estudio de la política exterior.**  
EUB, Barcelona, 1995,  
126 páginas.

La amplitud de temas que incluyen las relaciones internacionales explica que la literatura al respecto sea muy numerosa, especialmente en el mundo anglosajón. Sin embargo, en España aún es muy limitada su producción. Pere Vilanova contribuye a que esta situación se modifique. Su libro *El estado y el sistema internacional* invierte esta tendencia.

El autor articula su análisis en torno a tres ejes: el escenario de la política exterior, la percepción y previsión de ésta, y la política exterior como gestión de crisis. Vilanova suscribe la definición de Reynolds, quien mantiene que la política exterior consiste en una serie de acciones adoptadas por varios segmentos del gobierno de un Estado, y que ésta no puede ser reducida a una serie de acciones, sino que debe incluir también los principios que guían dichas acciones y los fines que pretende servir y obtener. El autor contextualiza el

*El M-19 no ganó la guerra, pero ganó las condiciones políticas suficientes para lograr la paz.*



*El autor se ocupa de la inevitabilidad del protagonismo del estado como actor clave y principal en el sistema internacional.*

concepto de política exterior en tanto lo encuadra el ámbito de las políticas públicas. Pero el entramado institucional no es ajeno a la elaboración y ejecución de toda política pública.

De especial interés es el debate que se establece, y que Vilanova deja planteado, referido a la relación entre política exterior y política interior. Existe una dicotomía que se manifiesta en, por un lado, la postura que defiende la clara separación entre las esferas de acción de ambas políticas y, por otro, la opción que plantea ambas esferas como una sola, en el seno de la cuál se producen intercambios constantes.<sup>1</sup> Vilanova apuesta por la segunda posibilidad, ya que considera que es en el ámbito de la política exterior en el que cristalizan los efectos de la transnacionalización.

Vilanova continúa el análisis en el “escenario” mismo en que se producen los hechos: en el sistema internacional el “reparto” está compuesto por Estado, organizaciones internacionales, organizaciones no gubernamentales, internacionales políticas o sindicales, empresas multinacionales, ideologías, religiones, fundamentalismos, terrorismos, flujos informativos, y estandarizaciones culturales. Salta a la vista que Vilanova, al igual que teóricos como James Rosenau, amplía considerablemente la lista tradicional de actores (Estados, organizaciones internacionales y ONGs, según los casos) incluyendo fuerzas cuya

influencia en el panorama internacional es irrefutable, y de forma más puntual en los últimos tiempos: fundamentalismo, medios de comunicación (la CNN, en alguna ocasión ha sido considerada como el sexto miembro permanente de Naciones Unidas), empresas multinacionales (declaraciones de Jomeini en su momento). No se trata de una lista cerrada, y cualquier cambio en la escena puede aumentar o reducir el número de actores.

El autor se ocupa de la inevitabilidad del protagonismo del Estado como actor clave y principal en el sistema internacional. Argumenta, por ejemplo, que “teniendo en cuenta las incertidumbres y los factores de inseguridad que emergen en el sistema, sólo los Estados y las organizaciones internacionales (pero éstas supeditadas a aquéllos) pueden aportar al sistema un mínimo de ordenación indispensable”. Su hipótesis es que “dentro de la complejidad y heterogeneidad del sistema internacional, el Estado tiene una responsabilidad enérgica –objetiva e inevitable– para jugar un papel central en el proceso, y precisamente por su potencial capacidad para moverse hacia el polo portador de orden dentro del sistema”.

Al hilo del papel clave del Estado como coordinador del funcionamiento del sistema, destaca la atención prestada a dos de los aspectos que hoy serían parada obligada en el estudio de las relaciones internacionales: la

<sup>1</sup> Ver M. Merle, *Sociología de las relaciones internacionales*, Alianza Universidad, pp. 373-378.

irrupción de las ONGs y la ayuda humanitaria.

Los desastres humanitarios del final de siglo han sido los principales impulsores de la actividad de algunas ONGs. Pero la actuación sobre estas víctimas se ve necesitada de la colaboración estatal, según Vilanova, para ver materializados de forma efectiva sus propósitos. Un ejemplo patente de ello lo constituye la campaña orquestada desde las ONGs para que los gobiernos cedan el 0,7 del PIB a la ayuda al desarrollo.

El autor dedica algunas páginas a poner en entredicho el modelo de estudio de las relaciones internacionales que se basaba fundamentalmente en la amenaza entendida en términos geoestratégicos Este-Oeste, y que entró en crisis a finales de los años 80 y principios de los 90, con la desintegración de la URSS y la caída del muro de Berlín. El nuevo método habrá de acentuar el interés en la pluralidad de amenazas y en su diversa naturaleza, y en la revisión del concepto de seguridad. De este modo la prospección podrá ser más eficaz que en casos anteriores.

En esta breve obra aparecen reflejados algunos de los problemas, tanto metodológicos como de gestión con que se enfrenta el estudio de las relaciones internacionales: necesidad de emplear un nuevo método, por un lado. Y la intervención humanitaria, por otro, como derecho de ingerencia por motivos humanitarios en los asuntos internos de un Estado, todo ello, desde la óptica global de la transnacionalización.

Mila Gálvez  
CIP. Documentación

**BOB SUTCLIFFE (coord.)**

**El incendio frío.**

**Hambre, alimentación y desarrollo.**

Icaria. Colección Antrazyt, Barcelona, 1995  
440 páginas.

“La idea de que los países en vías de desarrollo deben alimentarse por sí mismos es anacrónica”. John Block, secretario de Estado de Agricultura de la Administración Clinton, emitió esta sentencia durante la fase final de las negociaciones de la Ronda Uruguay. En cierto sentido, lleva razón; a fin de cuentas, Block dispone de mucho poder y forma parte de su trabajo dar cumplimiento a ésta y a otras sentencias semejantes. Puede estimarse razonablemente que en el año 2000 87 países no podrán alimentar a su población. La autosuficiencia alimentaria no pertenece pues a nuestro tiempo; como tampoco la reforma agraria; ni, por supuesto, la consideración de los recursos naturales de un país como patrimonio colectivo de sus habitantes.

¿Y el hambre? Ni siquiera Mr. Block se atrevería a considerarla anacrónica: el hambre sí pertenece a nuestro tiempo. Este libro, *El incendio frío. Hambre, alimentación y desarrollo*, incluye hasta 21 estudios sobre el hambre que formaron parte de un seminario que Hegoa organizó, bajo la dirección de Bob Sutcliffe, durante los años 1992 y 1993. El seminario tenía un carácter pluridisciplinar y participaron en él médicos, historiadores, matemáticos y economistas de la rara especie no economicista.

*Puede estimarse razonablemente que en el año 2000 87 países no podrán alimentar a su población.*

*Hay efectivamente un baile de cifras indecente respecto al hambre.*

Como ocurre siempre en este tipo de compilaciones, el interés de los trabajos publicados es desigual. Pero todos ellos comparten una identificación radical con quienes padecen hambre, tan grande como el esfuerzo que han realizado para conocer al enemigo y por buscar los cortafuegos de ese “incendio frío”, según la dolorosa imagen creada por Neruda, que habla del hambre con una precisión moral que ninguna estadística puede alcanzar.

No es posible referirse en un comentario como éste a todos los temas de interés que aparecen en las más de 400 páginas del libro. Sólo destacaré algunos de ellos. El artículo de Paul Streeten que abre la compilación resume el marco de referencia común (“la erradicación del hambre es un problema político más que nutricional o económico”, “el hambre es el resultado de la patología del entorno”, p. 29); por otra parte, propone una estrategia multifocal que desecha cualquier simplificación (“la guerra contra el hambre implica reformas a nivel ‘micro-micro’ –lo que sucede dentro de las familias–, a nivel ‘meso’ –cómo las políticas a nivel macro afectan a grupos determinados–, a nivel macroeconómico –lo que sucede en el tipo de cambio–, y a nivel macro-político (el sistema de distribución de la tierra y crediticio y la estructura del poder). Así, desde sus primera páginas, este libro cuestiona esos consensos de vaguedad que critica Koldo Unceta (p. 72), en torno a términos de uso unánime y utilidad dudosa (“desarrollo sostenible”, por ejemplo). “La verdad lamentable es que no sabemos cuántos de nuestra propia especie sufren hambre” (p. 149). Bob Sutcliffe subraya un problema, moral y político, más

que estadístico. Hay efectivamente un baile de cifras indecente respecto al hambre. En un reciente documento del Comité de Enlace, que agrupa a la mayoría de las ONG de Desarrollo europeas, puede leerse: “¿Quiénes son las víctimas de la inseguridad alimentaria? Según los criterios utilizados, las estimaciones varían entre 300 y 1000 millones de individuos en el mundo” (*La Seguridad Alimentaria después del año 2000*, Bruselas, 1994). Por su parte, la FAO en una declaración del pasado mes de febrero dice: “Unos 800 millones de personas, 200 de ellos niños, sufren desnutrición crónica sólo en el mundo en desarrollo, mientras que varios otros millones sufren enfermedades debilitadoras relacionadas con deficiencias en micronutrientes y con la contaminación de alimentos y agua”. Pero ¿cuál es la base científica de esa distinción entre “enfermedades debilitadoras” y hambre?, ¿cuál es la diferencia en términos de sufrimiento humano? En un tema tan doloroso como éste hay que lograr que conviva la denuncia moral y la comprensión cabal de las dimensiones sociales del problema, con la búsqueda y el uso de instrumentos médicos y estadísticos de análisis. Sutcliffe nos advierte, de un modo muy convincente, respecto a la simplificación del debate que consistiría en considerar “progresistas” a quienes defienden las cifras más altas de hambre y “reaccionarios” a los que sostienen las más bajas. En sus textos analiza los diferentes criterios de evaluación y concluye con una consideración general: “Si buscamos una estimación de la desnutrición en relación a una dieta socialmente aceptable y a un nivel de actividad deseable,

encontraremos cifras mucho más elevadas aún que las que hemos analizado” (p. 160). Estos son los criterios que fundamentan la reivindicación del derecho al alimento como un derecho humano, tema de uno de los más logrados, en mi opinión, textos del libro (“El derecho humano al alimento”. Karlos Pérez de Armiño, pp. 113-124). No parece moralmente aceptable conformarse con menos. Hay una estremecedora nota al pie de la página 215 que muestra crudamente el problema: “Empleando una media de 2.000 horas anuales para recoger y acarrear agua y leña y llegar a los mercados locales, los 564 millones de agotadas mujeres en los países en desarrollo se las apañan para producir el 55% de los alimentos en el Sur (80% en África)”. ¿Cuántas de estas mujeres y de los(as) miembros de sus familias entran en las categorías establecidas del “hambre”? Hay que usar categorías capaces de dar cuenta de esas realidades. Pero más allá de los debates sobre la naturaleza y las dimensiones del hambre, todos los organismos y agencias internacionales que tienen que ver con la cooperación afirman que “erradicar el hambre” es un objetivo prioritario. El análisis de sus estrategias es un tema de primera importancia que ocupa en el libro un lugar menor del que podía esperarse y no es la parte más satisfactoria del mismo. El calendario ha jugado una mala pasada: los textos han sido escritos antes de los debates que tuvieron lugar en torno al 50 aniversario de la instituciones de Bretton Woods (en los cuales tuvieron un destacado papel algunos de los colaboradores del libro) y antes del final de la Ronda Uruguay y de la

constitución de la Organización Mundial del Comercio (OMC). En cualquier caso, la mayoría de los problemas más importantes están señalados. Por ejemplo, Xabier Barrutia caracteriza así la política agraria de las agencias internacionales de préstamo y desarrollo (Banco Mundial, FAO, IFAD, IICA, US-AID y Asian Development Bank): “A través de la ayuda, han intentado introducir una agricultura a gran escala y bajo la iniciativa privada”. Efectivamente, estas instituciones han desarrollado verdaderas contrarreformas agrarias que son la otra cara de la moneda de un fenómeno sociopolítico que se señala en varios textos del libro: la desaparición del objetivo de la reforma agraria de las plataformas reivindicativas populares (con la significativa excepción del movimiento zapatista mexicano). Pero se echa en falta el análisis a fondo de algunas de estas instituciones: especialmente, la FAO, que por razones obvias tiene una responsabilidad particular en estos temas y parece sufrir cada vez más las consecuencias de su dependencia material de EE.UU. Pero también el Banco Mundial: el texto que analiza el ajuste estructural se queda en el umbral del recurso a la coartada social característico de la orientación del BM en los años 90, y sólo se refiere a él con una frase, en mi opinión, muy desacertada (“En los programas más recientes de ajuste estructural, las consideraciones sociales han pasado a ser un objetivo básico”). En fin, José Antonio Gutiérrez trata un debate que vuelve a ponerse de actualidad: la “revolución verde”. La FAO está poniendo en circulación la propuesta de una “segunda revolución verde” de perfiles

*La opinión pública en el Norte es actualmente un terreno baldío en la lucha contra el hambre.*

inquietantes en el ambiente neoliberal que rige el comercio internacional, con más fuerza aún desde la constitución de la OMC. Gutiérrez entra en uno de los temas más polémicos en las actuales políticas agrarias: la revolución biotecnológica y lo que algunos llaman, muy apropiadamente en mi opinión, la biopiratería de las grandes multinacionales de la alimentación por medio de las patentes sobre el germoplasma. Si se llegara a confirmar la toma del control de los Centros Internacionales de Investigación Agraria por parte del Banco Mundial habríamos asistido a una expropiación cultural sin precedentes de los conocimientos acumulados por generaciones de campesinos de todo el mundo. Problemas como éstos crean esa sensación de impotencia en la que es fácil caer frente al hambre. Por eso me parecen especialmente valiosos los capítulos del libro que proponen estrategias solidarias en diversos terrenos. Terminaré refiriéndome muy brevemente a algunas estas propuestas, que considero complementarias. Es verdad, como dice Karlos Pérez de Armiño, que “tratar de erradicar las causas del hambre mediante la creación de derechos en torno al alimento y la exigencia de su aplicación puede parecer estéril e ingenuo”. Pero como él mismo añade: “Debemos valorar positivamente su potencial para sensibilizar y movilizar a los afectados y a la opinión pública”. En particular, la opinión pública en el Norte es actualmente un terreno baldío en la lucha contra el hambre y hay una imperiosa necesidad de movilizarla frente a la actual impunidad con que se mueven la OMC y las transnacionales y, también, para

esa imprescindible revolución cultural alimenticia, para modificar la dieta del Norte: “la dieta de los países ricos (...) perjudica de varias maneras al mantenimiento de una alimentación adecuada en los países pobres” (p. 266), dice Bob Sutcliffe. Pérez de Armiño propone unas obligaciones internacionales sobre el derecho al alimento que son una base de trabajo extremadamente útil, en especial, para orientar adecuadamente las políticas de seguridad alimentaria. El mismo estudia estas políticas y plantea otras propuestas de mucho interés. Un tanto optimistas me parecen sus apreciaciones sobre el papel de las ONGs (cuyas limitaciones conozco por propia experiencia) y también sobre la orientación de la Unión Europea: sólo a base de mucho esfuerzo se consigue, en ocasiones, que la ayuda alimentaria no esté sometida a la intolerable condicionalidad de la compra de productos europeos. Pero hay otro tema que me parece de mucha mayor importancia: la necesidad de “reconsiderar el problema de la seguridad alimentaria desde el punto de vista de las propias víctimas del hambre, más que desde niveles exteriores a ellas” (p. 257). Creo que Pérez de Armiño llega aquí al núcleo de lo que debe ser una estrategia contra el hambre, gubernamental y no gubernamental. Efectivamente, “la participación activa de los sectores vulnerables, permitiéndoles participar en el diseño de sus objetivos y en su implementación” es el verdadero *control de calidad* que hay que exigir a los reglamentos y políticas de seguridad alimentaria. Hay que conocer para ello las diversas “estrategias de

afrontamiento” (p. 256) que desarrollan las poblaciones hambrientas, para ser capaces de reforzarlas y conseguir así salir del enfoque estéril de la emergencia, que sigue siendo dominante en la cooperación internacional.

Se trata, en fin, de que la seguridad alimentaria esté en manos de quienes padecen el hambre, no en manos de las multinacionales de la alimentación. Porque, como dice Paul Streeten, “la erradicación del hambre es, en última instancia, una cuestión del poder político de los pobres” (p. 28).

Del día 13 al 17 del próximo noviembre tendrá lugar en Roma una Cumbre Mundial sobre la Alimentación, convocada a iniciativa de la FAO, con el apoyo de la Asamblea General de las Naciones Unidas; el día 11 comenzará un Foro Alternativo de ONGs.

Se conocen ya los borradores de la Declaración y el Programa de Acción que se someterán a aprobación de jefes de Estado y de Gobierno de todo el mundo. Ambos documentos demuestran la vitalidad del “pensamiento único de última generación”: el que utiliza a diestro y siniestro el adjetivo “social” como coartada del imperativo del mercado en sus diversas manifestaciones.

Conociendo estos documentos, el libro que se comenta aumenta su valor. Hay que felicitarlo de que haya sido publicado en un momento en que es especialmente necesario. Será una excelente compañía para las actividades y debates que las ONGs estamos preparando para la reunión de Roma.

*Miguel Romero*  
ACSUR-Las Segovias